

## RESEÑA DE LIBROS

### CHINA Y LA BALANZA DEL PODER EN ASIA DEL ESTE

HAROLD C. HINTON, *Three and a Half Powers: The New Balance in Asia*, Bloomington: Indiana University Press, 1975, 306 pp.

ROBERT A. SCALAPINO, *Asia and the Road Ahead: Issues for the Major Powers*, Berkeley: University of California Press, 1975, 337 pp.

Los recientes acontecimientos en Indochina han sido de tal magnitud que pasarán años antes de que podamos medir la exacta dimensión de su impacto. Sin embargo se advierte que las fuerzas de cambio y sus resultantes tienen tal amplitud que es necesario un análisis perceptivo de las relaciones internacionales del Asia oriental en este momento crítico.

Afortunadamente, no hay una sino dos obras oportunas del saber americano en este tema de interés actual.

#### I

El profesor Hinton terminó su libro en septiembre de 1974, más de medio año antes de la caída final de los regímenes no comunistas de Indochina. Aun cuando algunas de las conclusiones e informaciones de hechos son ahora obsoletas, dados los acontecimientos recientes, muchas de sus observaciones siguen siendo relevantes para el futuro. El profesor Hinton aborda el tema desde el punto de vista de historia política y de análisis político, más que confiándose a metodologías de modelo-teoría. El libro se divide en dos partes: la primera parte, "Asia en la Era de Influencia Americana", trata de los primeros veinte años después de la segunda guerra mundial; y la segunda parte, "Asia en la era de paridad soviético-americana", abarca el período iniciado a mediados de la década de los sesentas. El término "Tres Potencias y Media" ("Three and a Half Powers") se refiere a los Estados Unidos, la Unión

Soviética y China, y a Japón, que debido a sus limitadas capacidades militares y a la orientación de su política exterior se considera sólo como una "Media Potencia". Además de estas "Tres Potencias y Media", también analiza el desarrollo de Sudasia, desde descolonización hasta construcción nacional, así como la influencia de la India en el subcontinente sudasiático.

Un asunto principal en el libro de Hinton es que la multipolaridad —en vez de una situación bipolar dominada por las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética— será un arreglo viable e idóneo en el área internacional asiática. Él arguye que China será una potencia significativa en Asia, lo sea o no en el resto del mundo, y que Pekín estará en buena posición para jugar un papel activo en la política internacional asiática. También cree que, como en todo, el papel chino probablemente será constructivo, es decir, conducente a la estabilidad internacional. Esto se basa en su observación de que existe una tendencia a la moderación en la política exterior china que la inhibiría política y militarmente de ejercer un papel agresivo y expansionista en Asia. Así, tanto las abiertas actividades militares fuera de las fronteras chinas como los encubiertos esfuerzos, van declinando a largo plazo. En otras palabras, Hinton prevé la aceptación de China de su papel como una gran potencia (pero no "superpotencia") en Asia a la par de las responsabilidades y restricciones de tal estatus, y esto es esencial para la estabilidad internacional y la operación efectiva de un balance multipolar en Asia.

En el tema de la confrontación chino-soviética, Hinton no excluye la posibilidad de una guerra chino-soviética, que, aunque remota, insiste en que debe ser considerada como una "posibilidad realista" (pp. 290-291). De cualquier modo, cree que las actuales opiniones de Moscú van en contra de una medida tan drástica, y dado que la relativa inferioridad estratégica de China hace virtualmente "impensable" que Pekín provoque una guerra así, la iniciativa deberá recaer casi ciertamente en Moscú. Salvo un ataque soviético a China, la perspectiva que presenta es la continuación en un futuro cercano de las tensas relaciones antagónicas existentes; sólo con el paso del tiempo y con las figuras líderes clave, Mao y Breznev, fuera de la escena, se haría posible un acuerdo, probablemente en la década de los ochentas. Aun cuando esta evaluación no carece de razón, Hinton parece no haber tomado en consideración diversos puntos básicos tales como los antiguos e inherentes conflictos de interés nacional entre China y Rusia, la importancia de los cursos de acción soviéticos en la política interna de China y el factor ideológico en la disputa chino-soviética. La solución de estos puntos puede requerir de mucho más que el paso

del tiempo y el cambio de líderes. Las acciones soviéticas recientes en la escena internacional difícilmente pueden interpretarse como signos hacia la suavización de tensiones con China.

En lo tocante a las relaciones chino-americanas, Hinton cree que la presente base de acercamiento —“un deseo compartido de resolver, o al menos apaciguar los conflictos existentes en Asia, para poder lidiar mejor con los problemas más serios que presenta la Unión Soviética” (p. 282)— no es una base estable para una constructiva relación chino-americana a largo plazo. Por otra parte, también calcula que el presente nivel de tensión casi bélica entre China y la Unión Soviética ya ha dado como resultado significativas ventajas para los Estados Unidos, que como hace notar más adelante, podían haberse explotado más efectivamente que como ha sido el caso.

No obstante, leal a su fe en la balanza multipotencial, Hinton considera que cualquier cambio notable en las actuales relaciones chino-soviéticas en cualquier dirección, sea hacia la confrontación o hacia el arreglo, “tendería a ser malo para los intereses americanos, por lo menos bajo las condiciones presentes” (p. 286). Esta precisa suposición está abierta a discusión y también parece socavar en parte la visión del propio Hinton acerca del “compartido” interés chino-americano sobre la Unión Soviética.

Igualmente dudosa es la aseveración de Hinton de que, ya que la Unión Soviética y no los Estados Unidos se ha convertido en el principal adversario de China en Asia, “no es probable que haya una fricción chino-americana sobre zonas de tensión anteriores como Japón o *Taiwán*” (p. 283). Aun cuando Hinton añade la salvedad de que si tal fricción surgiera sería probable que fuera resuelta por medios políticos y diplomáticos más que por vía militar, es obvio que el caso de *Taiwán* sigue siendo un obstáculo serio para un intercambio diplomático estable y una futura mejoría en las relaciones entre Pekín y Washington. Aunque los Estados Unidos son ya únicos al poder tener una oficina de enlace en Pekín y mantener una embajada en *Taiwán*, como ha notado Hinton, se debe permanecer escéptico en cuanto a su punto de que “podrían darse en el futuro las condiciones en las que sería posible un retroceso de estatus” (p. 284). Es más probable que los Estados Unidos tuvieran que pagar un precio mucho más alto para abrir una embajada en Pekín.

En cuanto al futuro papel de Japón, Hinton predice que permanecerá como una “semipotencia” o una “media potencia de alto nivel”, manteniendo lazos amigables (incluyendo la alianza militar) con los Estados Unidos. Diversos factores como la limitada capacidad militar, la fuerte oposición interna al rearme, el cambio de prioridades nacionales japonesas del máximo crecimiento económico a la

inversión social interna y la vulnerabilidad de la economía japonesa ante la presión extranjera (como se demostró en la crisis petrolera de 1973) hacen improbable que Japón trate de jugar un papel internacional de "superestado". Y aun si tratara, Hinton cree que no lo lograría. A su manera de ver, Japón y China están involucrados en una relación única de "amor-odio", con la mayor parte del amor del lado japonés y la mayoría del odio del lado chino (p. 221). Así, a través del comercio, de maniobras políticas y de cobertura de los medios masivos de comunicación, China ha aumentado eficazmente su influencia psicológica en esta singular relación con Japón. Según Hinton, la relación chino-japonesa podrá oscilar cerca de la mitad de una escala entre la enemistad y la cooperación estrecha.

Para la mayoría de los observadores, no obstante, en comparación con las relaciones soviético-japonesas, las ligas chino-japonesas son considerablemente más cordiales y Japón está definitivamente acercándose a China, aunque lenta y cuidadosamente. Como Hinton mismo ha notado (p. 224), Pekín ha tenido cierto éxito en la creación de un importante incentivo para que Japón prefiera una orientación china a una soviética en su política exterior, con la visita de Tanaka en septiembre de 1972. Acontecimientos recientes (primavera de 1976) tales como el fracaso de las negociaciones para un tratado de paz soviético-japonés debido a la negativa soviética de restituir las islas Kuriles a Japón y la intención simultáneamente expresada por el gobierno japonés de concluir un tratado chino-japonés con la cláusula de "antihegemonía", mayormente objetable para la Unión Soviética, indican claramente hacia qué lado se inclina Japón.

En conjunto, Hinton espera que Estados Unidos permanezca como una potencia pacífica, con importantes fuerzas aéreas y navales situadas en islas al este de las Filipinas. Aunque los intereses políticos y económicos americanos en el Lejano Oriente también continuarán siendo significativas, Hinton prevé que la presencia militar americana en el continente asiático y en las islas cercanas a la costa, incluyendo a Japón y a Okinawa, seguirán declinando y eventualmente llegarán a ser nulas, sin ningún despliegue de fuerzas en Asia en el futuro inmediato. Esta línea de proyección corresponde verdaderamente al ánimo del público americano después de las guerras de Indochina. Por el otro lado, cree que la Unión Soviética permanecerá también como una verdadera potencia en el Lejano Oriente, pero la posibilidad de que se convierta en una verdadera potencia pacífica, en rivalidad directa con los Estados Unidos, es incierta aun cuando habrá cautelosa pero significativa expansión de actividad e influencia soviética en el Pacífico.

Hinton concluye que el efecto combinado de acciones de las cua-

tro potencias principales y de los estados menos poderosos de Asia, deberá conducir con el tiempo a la operación de multipolaridad y a la estabilidad internacional, amén de a una guerra chino-soviética o a cambios drásticos en Indochina (que ya han sucedido); sólo el rearme a gran escala con armas nucleares y/o convencionales por parte de Japón o la India (que se ha convertido en potencia nuclear) podría, de acuerdo con Hinton, crear efectos destructivos que mermarían la estabilidad en Asia.

## II

El libro del profesor Scalapino tiene la ventaja de que data de fecha posterior a los sucesos de Vietnam: mayo de 1975. Enfoca los seis principales estados involucrados en el área asiática del Pacífico: los Estados Unidos, la Unión Soviética y Japón, que son "verdaderas potencias mundiales", China, una potencia "regional" pero que es también una naciente potencia "global", así como la India e Indonesia que son únicamente "potencias regionales", de acuerdo con el autor. Scalapino examina su política exterior junto con aquellos intereses nacionales y políticas internas que tienen relación directa en su interacción en Asia. Al proporcionar una visión perceptiva del actual panorama asiático, el autor trata de ser objetivo; su presentación es balanceada, los hechos principales y su interpretación están expuestos con eficacia, incluyendo puntos de vista conflictivos. No obstante da claros indicios de sus propias preferencias en cuanto al curso para el futuro de Asia.

Conforme a Scalapino, Japón es el estado más afectado por cualquier cambio en el triángulo China-Estados Unidos-Unión Soviética, y no es posible que la presente política exterior pasiva de Japón (con sus estrechos lazos con los Estados Unidos) se transforme en otra más activa. La tendencia japonesa está moviéndose, más bien, hacia una posición que él llama "equidistancia" entre China y la Unión Soviética, mientras que también ayuda a mantener el *statu quo* en Norasia, y a menos que hubiera un cambio drástico en los actuales lazos entre Japón y Estados Unidos, es muy improbable la posibilidad de una alianza japonesa con China o con la Unión Soviética. No obstante, en cualquier situación de no-alineación y "equidistancia", Scalapino cree que probablemente Japón se inclinará hacia Pekín, debido a sentimientos tradicionales, lazos culturales, culpabilidad bélica y atributos que como asiáticos comparten con los chinos, así como a la intransigencia de Moscú acerca del asunto territorial. En suma, Japón mantendrá su posición única como una potencia económica, mas no política, en el futuro previsible.

Debido a las restricciones internas típicas de los países en desarrollo, es probable que la política exterior china sea cautelosa, según el punto de vista de Scalapino. También arguye que el miedo que Pekín le tiene actualmente a Moscú no es tanto por la posibilidad de un ataque nuclear, sino por la preocupación de que resurja el problema soviético en la política interna china. Más aún, interpreta el acercamiento chino-americano como un resultado directo de la separación chino-soviética, porque China necesita de los Estados Unidos como un contrapeso a la Unión Soviética, y como un medio de ganarse la aceptación internacional. Así, "desde la raíz, el limitado 'deténte' con los Estados Unidos emanó del compromiso de Pekín de balancear la política de las potencias" (p. 76) y lo compara con el frente unido antijaponés de los comunistas chinos con el Kuomintang en los 30; como un esfuerzo común en contra de mayores enemigos, pero sin sacrificar los principios y la independencia propia. En otras palabras, las actuales relaciones chino-americanas están basadas en consideración del poder, no de identidad. Para Scalapino, el mejor y más lógico curso de acción para Pekín en el futuro será, una vez más, "equidistancia" entre los Estados Unidos y la Unión Soviética (con limitado ajuste a nivel estado a estado, no partido a partido). De acuerdo con Scalapino, un cambio en la orientación de la política exterior china hacia la Unión Soviética puede venir de la duda china acerca de la capacidad y el albedrío de los Estados Unidos en los asuntos mundiales, pero no por la falta de progreso en la posición de lo concerniente a Taiwán. Su punto de vista es ciertamente diferente de los de muchos otros observadores del escenario asiático, y uno debe tener en mente que la eventual reunificación de Taiwán con el continente ha sido por mucho tiempo un artículo incambiado e incambiable en la agenda de Pekín, así como el firme anhelo de muchos chinos en ambas riberas del estrecho de Taiwán. Scalapino, no obstante, no toma seriamente en consideración esos sentimientos, sino al contrario, se proclama por la "independencia" de Taiwán sobre la base de la "autodeterminación". Un Taiwán "independiente" no es una alternativa realista ni tampoco una solución funcional, especialmente después de que el informe de Shanghai en febrero de 1972 tomó una postura de "Una Sola China" reconociendo a Taiwán como "parte de China", y de que la visita de Tanaka a Pekín, más tarde el mismo año, afirmó una postura similar de Japón en cuanto a ese punto. A menos que los Estados Unidos y Japón, *ambos patronos potenciales y protectores futuros* (como quizás hayan sido partidarios en el pasado) de un Taiwán "inde-

pendiente", pretendan mermar sus actuales relaciones con China y adoptar una postura de hostilidad abierta hacia los chinos, la idea completa de un "Taiwán independiente" no puede pasar de ser más que un pensamiento optimista.

En cuanto a las relaciones de China con los otros principales países asiáticos, Scalapino hace notar perceptivamente los inciertos elementos en la actitud china hacia una Indochina con dominio de Hanoi, mientras que la India ha sido considerada por Pekín como parte de la esfera soviética contra China. En su opinión, es muy conveniente que la India adopte una posición de "equidistancia" entre China, los Estados Unidos y la Unión Soviética. El recientemente anunciado (mediados de abril de 1976) intercambio indio de embajadores con China, el primero desde su guerra fronteriza de 1962, puede ser el primer paso en esta dirección.

En lo tocante a la política que adoptarán las dos superpotencias sobre la zona de Asia del Pacífico, el autor supone que la Unión Soviética será más decidida que en el pasado e incrementará su fuerza militar en la región, pero que de ninguna manera perturbará radicalmente el *statu quo*. En sus esfuerzos por enrolar aliados en contra de China, la Unión Soviética está tratando en cierta forma de revivir la contienda con China de los años 1950 y 1960. En este aspecto se debe dudar que Moscú pueda algún día disfrutar de siquiera parte del éxito de los anteriores esfuerzos americanos. Después del desastre en Indochina, Scalapino ofrece tres alternativas para la política americana:

- 1) "Aislacionismo". Retirada política y militar total de Asia.
- 2) "Política de Enclave". Compromiso americano limitado a Japón únicamente.
- 3) "Internacionalismo Selectivo". Retención de presencia política y militar significativa en Asia oriental.

Apoya firmemente esta última como el único curso de acción realista para el futuro, a pesar de los recientes reveses sufridos. Esto refleja claramente su interés por la pérdida americana de crédito e influencia desde la derrota en Vietnam. Hay quienes podrán estar de acuerdo con el autor en que la misma forma de presencia americana podrá de hecho ayudar en el futuro cercano a mantener un equilibrio político-estratégico, y supuestamente la estabilidad, en áreas críticas de la región como es Corea. Y hay varias consideraciones de que a China no le agradaría ver una retirada total de Asia (con excepción de Taiwán, por supuesto) en el futuro pró-

ximo, cosa que podría crear un vacío de poder para ventaja de la Unión Soviética. De cualquier manera, uno debe tener en mente que la efectividad de los compromisos colectivos o compartidos de las principales potencias en mantener el *statu quo* siempre tiene sus límites; frecuentemente nuevos sucesos las obligan a cambiar su interés en mantener un balance tal, a largo plazo.

### III

A pesar de sus diferencias en enfoque e interpretación, estos dos libros comparten bastantes temas comunes y observaciones similares. Por ejemplo, sus puntos de vista sobre la continuación del limitado papel internacional de Japón, su posible inclinación hacia China y la creciente influencia de la Unión Soviética en la región Asia-Pacífico, son bastante notorias. Aún así, tanto la aseveración de Hinton acerca de una "balanza multipolar del Poder", como la sugerencia de "equidistancia" entre las principales potencias como el mejor y más probable curso de acción para la estabilidad internacional en el Asia oriental que sustenta Scalapino, dan lugar a un número de preguntas teóricas y fácticas, mientras que ninguno de los dos nos proporciona una definición clara y precisa de su modelo.\* En el caso de Hinton, uno puede argüir que un elemento esencial y clave en cualquier situación múltiple de balance del poder —la flexibilidad de alineación de los principales protagonistas— no existe en la actual estructura del poder asiático. La aparente rigidez en varias de las relaciones bilaterales entre las principales potencias, tales como la confrontación chino-soviética, la parálisis ruso-japonesa, el limitado progreso en el "detente" soviético-americano, y la todavía efectiva alianza americano-japonesa, pueden proporcionar una sensación de estancamiento o de estabilidad superficial, pero al mismo tiempo también parecen hacer cualquier balance de poder real y completo en Asia en un futuro previsible, *menos que perfecto*. La situación de "equidistancia", como la sustenta Scalapino, es aún más difícil de lograr, si consideramos seriamente los factores ideológicos, geográficos, históricos y de intereses nacionales. Más aún, un número de relaciones trilaterales de "equidistancia" entre las principales potencias no producirá automáticamente

\* Para una aguda discusión acerca de los diferentes tonos del significado del término "balanza del poder" (o "balance del poder"), ver, de Ernest B. Hass, "The Balance of Power: Prescription, Concept or Propaganda?" en *World Politics*, 5 (julio de 1953).

en toda la región el equilibrio y la estabilidad deseadas. Muchas veces, las metas y la actuación de las potencias individuales en política externa condicionada por políticas internas y otros factores inherentes, no pueden ser fácilmente restringidas por ningún modelo o arreglo particular. También es cierto que los acontecimientos desencadenados por los estados menores (que no llegan a ser potencias) pueden cambiar radicalmente el *statu quo* que cuidadosamente han orquestado y sostenido las principales potencias a través de esfuerzos bilaterales o multilaterales.

En otro de los temas principales, los dos autores tienen puntos de vista similares, que son bastante realistas y que están respaldados por los hechos. Tanto Hinton como Scalapino afirman que son el nacionalismo y los intereses nacionales, y no la ideología (es decir, el comunismo y el pensamiento de Mao Tse-tung principalmente), la fuerza predominante en la política exterior de China. Sin duda, consideraciones básicas de intereses nacionales *además de*, o quizás *por sobre* diferencias ideológicas, son el factor clave en el conflicto chino-soviético que incluye disputas territoriales que desencadenaron un récord de encuentros fronterizos. Durante los conflictos fronterizos chino-indios, las exigencias territoriales de Pekín estaban también respaldadas por el régimen Kuomintang anti-comunista de Taipei; y la preocupación por la seguridad nacional jugó un papel esencial en la decisión de China de entrar en la guerra de Corea. Parece ser que los intereses nacionales a menudo trascienden y a veces refuerzan consideraciones ideológicas en las relaciones internacionales de China. Aún así, no se puede negar la influencia de la ideología en la formulación de la política exterior. La ideología a menudo tiñe la percepción de la realidad, influye sobre la articulación de los intereses nacionales y las metas de las políticas y condiciona el estilo y la forma del proceder internacional. Aun así, los requisitos de supervivencia nacional, las ineludibles fuerzas de la historia y la cultura y el impacto de los factores ambientales, contribuyen todos a la singularidad e individualidad de cada país y de su política exterior e interior. Este punto nos tienta a citar el famoso aforismo de Lord Palmerston acerca de que "sólo existe el interés propio (nacional) eterno".

Si uno acepta el hecho de que China es el país más grande de Asia en términos de población y territorio, y reconoce sus legítimos intereses en la región, podemos estar de acuerdo con ambos autores en que China puede jugar, y de hecho jugará, un papel constructivo en Asia y así contribuirá significativamente a la estabilidad internacional. Está plenamente justificado su punto de vista de que a largo plazo China será cautelosa y realista en el campo interna-

cional, enfatizando las relaciones de estado a estado, hasta el punto de supeditar el compromiso ideológico abierto a las consideraciones del interés nacional.

Este es verdaderamente un cambio de la antigua imagen de China en la guerra fría, que la representaba como un agresivo pulpo rojo estirándose en todas direcciones para atrapar al mundo.

MING K. CHAN  
El Colegio de México  
y Stanford University

Traducción de: CARLOS D. GONZÁLEZ-RICHMOND  
El Colegio de México

HILARY CONROY y T. S. MIYAKAWA, ed., *East Across the Pacific*, Santa Bárbara, California, American Bibliographical Center-Clio Press, 1972, 322 pp.

Este libro agrupa en cuatro capítulos doce ensayos sobre la migración japonesa en Hawaii y los Estados Unidos de Norteamérica. Los capítulos I y II son históricos y el III y IV sociológicos. En estos dos últimos se discuten temas sobre aculturación, asimilación y algunos aspectos sobre las diferencias generacionales.

La política aislacionista adoptada por el régimen de Tokugawa mantuvo al Japón apartado del mundo exterior durante más de dos siglos. El comodoro Perry es quien, en el año de 1853, obligó al Japón a dar fin a tan absurda política. Sin embargo, aunque Japón había firmado tratados con casi todas las potencias extranjeras, y por lo mismo estaba en condiciones de enviar a sus súbditos a poblar otras tierras, pasaron todavía muchos años antes de que su gente emigrara. En efecto el primer grupo de 150 japoneses salió contratado hacia Hawaii, en junio de 1868, para trabajar en la industria del azúcar (p. 5). Desde entonces el número de emigrantes fue en aumento y con los años emigrarían de las islas Hawaii hacia el continente americano, en especial a los Estados Unidos. Las estadísticas de este país registran para el período 1890-1940 doscientos mil inmigrantes japoneses, concentrados la mayor parte en el Estado de California. La población japonesa representó una avasalladora minoría comparada con la de los inmigrantes europeos que para el mismo período ascendieron a veinticinco millones (p. 78). A pesar de este número tan reducido, los inmigrantes japoneses fueron blanco de la discriminación racial y desde los inicios